

El caso del coach asesinadico



Javier Luque

Serie Xeijo & Pierangeli # 3



El caso del coach asesinado

Javier Luque

Serie Xeiyo & Pierangeli #3

Título original: *El caso del coach asesinado*

Serie: XeiJo & Pierangeli #3

Autor: Javier Luque

Fecha de publicación: 05/2026

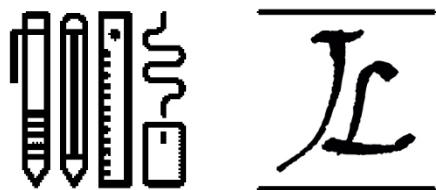
Copyright Javier Luque

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798195745707

Edición, diseño de portada y maquetación:

Copyright Javier Luque



Perdonen el atrevimiento
javierluque@27etras.es

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los sucesos y personajes retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia y producto de la indudable impericia del autor de esta historia.

Dedicado a la memoria de Salvador Conesa Agüera, vecino afable, culto y, a decir de todos, como en los versos del poeta, en el buen sentido de la palabra bueno.

La traidora muerte —casi siempre lo es— se lo llevó sin aviso mientras este libro no era más que un torpe proyecto que mi poca destreza pugnaba por llevar a buen puerto.

Salvador sufrió un paro cardíaco que cumplió sus deseos —los que casi todos compartimos con él—: no arrastrarse por una interminable agonía. Pero que, al mismo tiempo, fue indolentemente prematuro y que ha dejado a sus seres queridos un rastro de pena indeleble, y, visto desde mi egoísmo, me ha privado del disfrute de las que ya imaginaba muchas horas de animosa charla llenas de anécdotas, de vivencias y de historias con las que rellenar cientos de páginas.

Aunque todos te echamos ya mucho de menos, espero que cada día, allá donde estés, disfrutes de un amanecer aún más bello que ese que te empujaba a salir de casa cada mañana a asomarte al amado Mar Menor y ver como el disco solar hacía su aparición por encima de la Manga tiñendo la laguna de ese rosa que en invierno parece competir con el brillo de las alas de los flamencos.

*«Muchas personas son demasiado
educadas para hablar con la boca llena, pero
no les importa hacerlo con la cabeza
hueca».*

Orson Welles

*«Todo poder es una conspiración
permanente».*

Honoré de Balzac

*«¿A quién vas a creer, a mí o a tus
propios ojos?».*

Chico Marx, disfrazado de Groucho en la
película *Sopa de Ganso*

Capítulo I

Mañana del sábado 27 de septiembre de 2025

—¿Y por qué él? —preguntó sentada en su silla, apurando el disfrute de un sol que jugaba al escondite con alguna nube despistada, empeñada, sin éxito, en seguir con la labor que habían intentado sus hermanas en los días anteriores: ir poniendo final al verano.

La misma intención que tenía Agustina: huir de Punta Brava en unos días si conseguía convencer a Jose —sin acento, que era como ella llamaba a su marido— de que era llegado el momento de abandonar aquella orilla del Mar Menor y retornar a los pies de El Puntarrón, a su querido Beniaján, a sus cuarteles de invierno en Murcia.

—No lo sé —dijo Tomás—, aunque ya sabéis cómo es nuestro escritor —el aludido no era otro que Javier, uno más de los vecinos que llevaba aposentado en Punta Brava desde hacía unos años junto a su esposa y que, a diferencia de lo que le ocurría a Tomás con la pintura, no lograba malvivir de su arte literario,

sino que debía conformarse con la mísera pensión que le pagaba nuestro gobierno. Al menos así había sido hasta que Ana María y yo nos cruzamos en su vida—. Siempre está criticando a todo el mundo y a este lo ponía a parir —concluyó el pintor por si a alguien le quedaba alguna duda de cómo era el escritor.

El elevado volumen habitual de las voces, unido a la pereza de mis movimientos, hizo que aquel fragmento de conversación llegara a mis oídos antes de que yo lo hiciera a los conversadores. Aunque, a pesar de todo, el ruido de una moto al pasar junto a mí impidió que oyera la siguiente argumentación de Agustina y la contestación que me dio la impresión, por lo gestos, que obtuvo de Tomás.

—¿A qué temperatura tenemos el agua hoy?
—dije nada más llegar dirigiéndome a Tomás, que es quien todos los días, en temporada de baño, consulta la app del teléfono encargada de facilitarnos el dato que nos conducirá a abandonar el baño una vez que la temperatura de la laguna desciende de los veinte grados. Al menos Javier y él, porque los demás solemos abandonar antes.

—Caliente, más de veinticuatro grados y medio. Más o menos como ayer —contestó.

—Bien, a ver si aguanta así. Entonces seguro que Javier y tú seguís a remojo hasta mediados de noviembre, por lo menos —exageré yo.

El día era caluroso. A pesar de las nubes que recorrían el tópicico azul intenso, el sol calentaba con la habitual improcedencia de los otoños que se repetían año tras años desde mi llegada a la maltratada laguna salada. Al fondo, la isla Perdiguera destacaba por delante de la del Barón provocando la falsa sensación óptica que las yuxtapone a ambas, y aleja de nuestra orilla, para bien, el horizonte de edificios que, como una inútil y desafortunada muralla, la perpetua insensatez humana decidió interponer un día entre el Mar Mayor —como aquí se conoce al Mediterráneo— y este Mar Menor que parece condenado a languidecer con la misma decrepita lentitud con la que nos arrastramos la mayoría de sus habitantes hacia la irrevocable extinción. Aunque también casi toda esa misma mayoría deseamos la extinción lejana. Claro que atribuirnos nosotros —aquellos con los que convivo y yo mismo— la condición de representatividad de la fauna, humana o no, no deja de ser un atrevimiento, cuando menos por el escaso número que suponemos dentro de la totalidad de

seres vivos que poblamos la que se dice mayor laguna salada de Europa.

Hacía apenas cinco minutos que con intención de darme un baño, y acompañado de la siempre viva nostalgia de mi amada Ana María Pierangeli, había salido de casa aún sonriente porque su particular y suave voz me acabara de confirmar su asistencia, por algún motivo profesional al que yo era ajeno, al IB AFF, el Festival Internacional de Cine de Murcia. La corta charla telefónica —todas lo son porque a ninguno de los dos nos entusiasma una comunicación que no incluye la presencia física del otro—, además de servir para exigirme que la acompañara durante aquellos días a disfrutar de la junior suite que ya tenía reservada en el hotel Siete Coronas de esa misma ciudad, había cumplido la función de vehículo para amenazar con arrastrarme, concluido el festival, hasta Veneziola y obligarme a gozar allí, al menos un par de semanas y hasta la extenuación, con ella y de la casa que, tras comprársela a Carla como le prometió que haría y de muchos meses de insufribles obras, hacía tiempo que en nada recordaba al bien difunto anterior ocupante.

A Ana María no le costaría cumplir su amenaza: yo no iba a resistirme por más que sí lo hubiera hecho

a ocupar aquella villa de forma perenne, como ella se empeñaba. Quién sabe si mi negativa era producto del orgullo, de la tozudez o de la simple lealtad al grupo que esperaba encontrarme en un par de minutos en la playa. O, aunque no quisiera ni admitírmelo a mí mismo ante el espejo, porque hacerlo era admitir que el día que aquello se acabara me resultaría imposible mentirme diciendo que lo acaecido no era un final porque no había habido ningún principio.

Todavía seguía dando vueltas a aquello en mi cabeza cuando dejé atrás el paso de peatones y solté las cotidianas maldiciones que me asaltan y dominan siempre que cruzo por él pensando, también siempre, que un oportuno radar colocado allí por el ayuntamiento podría recaudar en una semana en multas todos los impuestos que menguan las exiguos ingresos —sean pensiones o sean lo que sean, los ingresos siempre son exiguos— de los ciudadanos del barrio. Y que así, al menos, soportar aquel continuo circular de vehículos con exceso de velocidad tendría alguna utilidad.

Ya antes de llegar al paseo marítimo, divisé a alguno de los integrantes del pintoresco grupo que componemos los residentes permanentes —o casi— de esta orilla del Mar Menor que charlaban

amenamente junto a las escaleras de acceso a la playa, ese día algo más concurrida por tratarse de un fin de semana.

Y ahora esperaba el que imaginaba ocurrente comentario de Agustina o la no menos irónica contestación de Tomás.

—Este puede ser que llegue bañándose hasta noviembre, pero lo de Javier no lo veo tan claro —se adelantó al final Agustina y, aunque no lo dije, sospeché que aquello algo tendría que ver con la conversación que había interrumpido mi llegada.

—¿Por qué lo dices? —pregunté no obstante.

—Pues porque Tomás dice que hace un rato se lo han llevado los de la Guardia Civil a tomarle declaración por la muerte del tipo ese al que encontraron ahogado anteayer por la noche.

—Otra vez un cadáver que aparece aquí, haciendo compañía a las medusas —dije un tanto sorprendido porque no me hubiera enterado, aunque lo cierto era que haber estado unos días en Alicante para ayudar con un caso a mi vieja amiga Marta y a su marido Colombo y que cada vez pasara más de puntillas por las noticias como método de protección de mi salud mental fuera explicación suficiente. No obstante, no menos sorpresa me provocaba la

casualidad que suponía la semejanza con el caso que yo mismo había investigado hacía un par de años y que sirvió para devolverme a mi querida actriz y para que ella acabara protagonizando la película en la que un director amigo suyo convirtió la novela que escribió Javier.

—No, Álvaro —se adelantó a contestar Encarna, la Francesa, que es como la conocen muchos por su pasada vida en ese país y por un lío de nombres y apellidos que a su buen amigo Tomás le lleva a afirmar de ella con humor que seguro que fue espía—. Parece que se cayó al agua desde un barco y el mar lo arrastró hasta la Playa de la Ensenada del Esparto. Medio flotando en la orilla lo encontró un parejica que andaba por allí. Dadas las horas, no es difícil suponer el motivo —remachó con una sonrisa.

—Eso está en La Manga, ¿no? —pregunté porque no estaba seguro.

—Sí, del lado del Mar Mayor, cerca de Veneziola —contestaron las dos mujeres casi al mismo tiempo.

—¡Vaya!, al muerto de la última novela de Javier le pasa lo mismo, ¿no? —pregunté otra vez cada vez más sorprendido ante tanta casualidad en la que no creo.

—Sí, pero este fiambre es real, no de novela, y además es un conocido de él y de otro amigo suyo, escritor también. Un tal Durá...

—Durand, Ambrosio Durand —corrigió Tomás, que se había encontrado con ellos a mediados de septiembre en Cartagena. Él había ido a embalar unos cuadros para enviarlos a una exposición y ellos iban a una ponencia de Cartagena Negra, la semana sobre ese género que se celebraba en la ciudad. Javier se lo presentó y tomaron un café juntos.

—Pues eso —dijo Agustina un tanto molesta por la interrupción—. El caso es que Javier y ese Ambrosio estaban planificando navegar por ahí juntos...

—Ya —interrumpí yo esta vez y Agustina me miró, fue a decir algo, pero optó por el silencio—. A jugar a marineritos aventureros.

—Y yo qué sé, a marineritos aventureros o a reyes eméritos —dijo Agustina sin disimular el desdén—. ¿Qué importa eso?

—Nada, que siempre me ha tocado las narices todo eso de los yates, los pijos, y papá, en las regatas —dije rememorando un viejo *sketch* televisivo que logró que todos me echaran una mirada que daba a entender que pensaban que se me estaba yendo la

cabeza. Así que, antes de que tuviera que darles la razón, seguí—: Entonces, imagino que es por eso por lo que le han trincado para ver si sabe algo...

—Bueno, por eso y supongo que porque se han enterado de que el tal Rogelio Diumenge, que así dice *La Verdad de Murcia* que se llama el ahogado, era un tipo que le sacó a Javier, a Ambrosio y a otro buen puñado de aspirantes a escritores un suculento dinero por un curso de mierda que no valía para nada. Javier le ponía a caldo en las redes cada vez que se terciaba. La última vez el otro día: le hizo un buen panegírico —dijo Tomás en un tono que no dejaba duda sobre el sarcasmo que llevaba implícito— cuando se enteró de que la había palmado. Él mismo me enseñó lo que había publicado por las redes. Así que tampoco podrá negar que le tenía ganas ni es raro que alguien haya ido con el cuento a la Guardia Civil —remató.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté.

—Pues parte porque él me habló del tipo cuando estuvo en mi casa hace unas semanas, ayudándome con lo de la página web; otra porque los dos ahora nos seguimos en la redes y le leo, y lo último porque, como te he dicho, él me lo enseñó ayer, que tomamos una cerveza juntos por la tarde.

—¿Y su mujer qué dice? —insistí en preguntar pensando que Mayte alguna opinión tendría sobre todo aquello.

—Pues hoy no hemos hablado con ella. Parece que Mayte y su hermano se han ido por su cuenta al cuartel a ver qué pasa. Creo que el hermano también se llama Javier —aclaró Agustina—. El caso es que ha estado pasando con ellos unos días, parte en San Juan, en Alicante —puntualizó y yo pensé que el mundo era un pañuelo—, y luego por aquí.

—¿Dónde has dejado a Macanás? —preguntó Tomás cambiando de tema. Él siempre llamaba así al marido de Agustina—. No le he visto esta mañana.

—Se marchó temprano con la bici...

—Pues me voy al agua —interrumpió él y, sin más, descendió las escaleras y se metió en el agua.

—Se supone que a hacer un poco de ejercicio y comprar algo de comida —añadió Agustina a un volumen suficiente como para se oyera desde la orilla—. Pero me llamó diciendo que se había encontrado con no sé quién y se iba a acercarse hasta Cabo de Palos, y tardaría.

—Está buena —dijo Tomás retornando a la temperatura del agua y yo bajé las escaleras con

intención de imitarle y darme un chapuzón—. ¿Vosotras no os bañáis?

Agustina negó con la cabeza y Encarna, aunque no dijo nada, me imitó y bajó las escaleras con una sonrisa; parecía que ella sí iba a animarse.

—Por cierto, además de porque lo pusiera a parir, ¿por qué pareces tan segura de que lo de Javier no pinta bien? —le pregunté a Agustina cuando yo ya había entrado al agua e imitando el poco discreto tono de voz de todos los demás.

—Pues porque... —dijo ella al tiempo que nos sobrevoló un avión de La Academia General del Aire y del Espacio que apagó el resto de la frase y me dejó sin saber qué argumento la había llevado a aquella conclusión y con la intriga de si en alguno de aquellos aviones ya sería la futura reina de España la que iba a los mandos.

Ni a lo uno ni a lo otro le di demasiada importancia. Soy de los que suelo equivocarme.

Capítulo II

Noche del domingo 28 de septiembre de 2025

—¿No te parece que exageras? —pregunté tozudo, porque que me lo estuviera contando él mismo no hacía que estuviera por apearme de mi cabezonería.

—Eso me creía yo ayer por la mañana —dijo Javier—. Tanto que me lo tomé con cierta guasa. Como tú —añadió con intención—. Pero en el cuartel los civiles parecían dispuestos a pocas bromas. Además de demostrarme que se sabían hasta la talla de calzoncillos que uso. Que está claro que se pasan la vida espiándonos: por teléfono, por las páginas que visitamos en internet, por lo que decimos, por lo que leemos; por todo. Y luego me decís vosotros que soy un conspiranoico —añadió y era cierto, pero también lo era que yo mismo no era mucho menos paranoico que él—. Además, hace un rato he hablado con Ambrosio y también le han interrogado a él hoy. Bueno, a él le han tomado declaración los Mossos d'Esquadra. Aunque no puedo decir que haberlo hecho sea anormal, que no lo es, para nada. El barco

en el que navegué era suyo. Mejor dicho, de un amigo que lo tiene en Palma de Mallorca y quería traerlo hasta aquí, para dejarlo amarrado en el Puerto deportivo Tomás Maestre hasta que a mediados de octubre se lo lleven a Canarias para chartearlo allí. Ambrosio es capitán de yate y yo patrón desde hace mucho tiempo —le pareció oportuno aclarar—. Él y su amigo llevaron el barco hasta Valencia, que iban allí a un congreso de escritura, a Escrivivir, y yo lo cogí, lo bajé a San Juan, salimos por allí un par de días los tres, Mayte, mi cuñado y yo. Yo el domingo pasado me vine para aquí de madrugada solo y ellos dos se vinieron a Punta Brava en coche. Así que el veintitrés dejé el barco atracado en el Tomás Maestre. No recuerdo a qué hora, pero antes de que encontraran al trilero ese muerto.

Las tres parejas —Javier y Mayte, Agustina y Jose, y Tomás y Encarna— y yo como único elemento discordante —el hermando de Mayte había partido de regreso a Madrid aquella misma mañana— estábamos sentados en el Armonía Beach Club, en la gran terraza de aquella coctelería y restaurante situado junto a otro puerto deportivo, en este caso el de Los Alcázares. Un lugar con un encanto especial que llega más allá de lo pintoresco de ser un palafito y de lo

curiosos que resultan los peces tejidos con cuerdas que cuelgan del entramado de vigas de madera del interior para servir de lámparas.

La luna apenas creciente intentaba hacerse ver con un gajo de luz que se abría paso por encima del faro de El Estacio y dejaba su reflejo en el agua como el brillante corte de un cuchillo. Parecía que, «al fin» —según Agustina—, ellos dejaban la playa de vuelta a Beniaján y aquella cena era una especie de despedida del verano. Aún no estaba claro el día de la partida —siempre antes del fin de semana siguiente, insistía Agustina—, pero cualquier excusa era buena para un rato de charla, un buen plato de comida y una apetecible bebida, aunque en ese caso el alcohol no tuviera presencia en todas las copas. El cualquier caso, de forma inevitable, el muerto había terminado, más que sentado a ella, sobre la mesa.

—Pero vamos a ver, para que yo lo entienda de una vez —dije—: tú le tenías manía a ese tipo y puede que ese amigo tuyo, Ambrosio, tampoco lo apreciara si, como dices, es otro de los que fueron sus víctimas. Y supongo que no es el único, que los damnificados se contaran por decenas...

—Por cientos —interrumpió Javier—, aunque muchos jamás lo reconocerán ni muertos y otros, casi

todas otras, son tan idiotas que le siguen... le seguían como al gurú de la secta. Ahora estarán rasgándose la vestiduras y dándose tirones del pelo, imagino.

—Perfecto, como tú dices —me apresuré a conceder—. Pero ¿cómo lo sitúa eso en el barco?

—Pues por varias cosas: una, lo que te conté sobre el armador del barco en el que salimos nosotros: un tipo de Palma de Mallorca que era uno de sus fieles admiradores, un miembro convencido de lo que llamamos La Secta; y la segunda, que Rogelio, con el que Ambrosio y ese otro coincidieron en Valencia, en el congreso que te he dicho, que concluyó el veintiuno y al que yo nunca voy... —calló un momento quizá convencido de que cualquier comentario literario quedaba ahora fuera de lugar—. Bueno, que Rogelio le había dicho a todo el mundo que iba a pasar unos días navegando con unos escritores, una especie de reunión fin de fiesta para iniciados al coaching —añadió un tanto enigmático, pero no quise interrumpir—. Luego todos, o la mayoría, iban a participar en los actos de la Feria del Libro de Murcia que empieza el tres de octubre.

—Vale, pero podría irse a navegar a cualquier parte y en cualquier barco, no creo que ni tú ni

Ambrosio ni ese de Palma, que es el dueño del yate, el velero...

—Velero, un quince metros, un Bavaria⁴⁹
—puntualizó como si aquel fuera un dato relevante más allá de dejar claro que el mallorquín manejaba pasta.

—Pues eso, que no creo que vosotros y el dueño del velero seáis los únicos escritores a los que les gusta andar en barco y marearse —dije más por incordiar que por falta de gusto por los barcos.

—Sí, pero el cadáver ha aparecido en esa playa y al lado de ese puerto. Y las fechas cuadran. Poco más puedo hacer que empeñarme en negar que fui yo —sentenció y el argumento parecía difícil de rebatir.

—Pues lo mejor que puedes hacer es sacar una copia de todo lo que tengas en la informática de casa y pasársela a cualquiera de estos para que te la guarden. Lo siguiente que harán, y sin tardar mucho, es requisarte todos los ordenadores que haya en casa. Así que lo mejor es eso, no vayas a perder tu próxima obra maestra. Porque vas a tener razón y se diría que estás jodido —añadí en el momento en el que llegaba un camarero para recoger las fuentes de variados diseños, ya vacías, donde antes estuvieron los

calamares a la plancha, las almejas al ajillo y al vino blanco, y el tartar de salmón.

—Ya, tengo claro que hasta muerto ese me va a joder. Menuda cabronada acabar a la sombra por él. Además de la jodienda de cargarme la participación en la Feria del Libro de Murcia y la mesa de debate que tengo en Madrid el día quince. Porque no creo que me den permiso en la cárcel ni para hacer una videoconferencia. Así que a tomar por culo el marketing. Aunque quién sabe —añadió y no supe si era puro sarcasmo o lo que pensaba de verdad. A veces el escritor era capaz de superarme a mí, que me creía muy ácido e irónico.

—¡Joder!, no te pases. Algo más tendrían que tener para entrullarte tan rápido, al menos necesitarán un mes para montar el caso. Todo lo que dices que tienen no deja de ser circunstancial y endeble. Incluso que le pusieras a parir en todos lados. Si eso sirviera para trincar a la gente, en las cárceles no quedarían sitios libres —dije y me sonó a contradicción. Luego, para que el trabajo del camarero pudiera ser completo, me apresuré a repartir las sardinas ahumadas con emulsión de frutos rojos que aún quedaban de lo que la carta denominaba «Marinera».

Tras mis palabras, mientras el empleado —algo mayor para lo que solía verse, pues era seguro que pasaba los cincuenta— realizaba la operación de retirada de vajilla con la habitual maestría que suele caracterizar a los de su generación, todos permanecimos en silencio, quizá porque percibimos que los últimos comentarios eran demasiado jugosos y hasta improcedentes si a nadie le apetecía divulgar aquella conversación más allá de lo necesario. Que los demás esperaran expectantes el final de aquel torpe duelo de argumentos que llevaba repitiéndose demasiado rato, con parecidas preguntas y respuestas e inútiles conclusiones, tal vez no fuera ajeno al silencio sobrevenido.

—Habrà que hacer algo para solucionar esto, ¿no? —dijo Agustina paseando la mirada por los presentes hasta dejarla fija en mí que, en lugar de contestar, apuré lo que restaba en la copa de mi Spritz Royale.

—Seguro que aquí, nuestro detective —Tomás me señaló— es capaz de descubrir al asesino y así ya no podrán acusar a Javier. Y tú, querida marquesa —añadió mirando esta vez a Agustina y, como era habitual, confundiendo su apellido con el de la que jamás dejará de ser la hija de la Preysler—, para

empezar puedes hacer que tus amigas de la fiscalía te pasen todos los datos que tengan o puedan conseguir para que él investigue.

Mayte y Encarna se miraron con una sonrisa en los labios a la espera de la próxima ocurrencia de cualquiera de los implicados. Al final fue Jose quien se lanzó en la defensa irónica de su mujer.

—Y tú, ¿qué?, Tomás, ¿vas a pintarle a Álvaro un cuadro para que se lo regale a la actriz y lo cuelgue en el salón. En el chalet de Veneziola en el que este ejerce de guardés? —preguntó y, mientras hablaba, su mirada saltó de Tomás a mí a la espera de que uno de los dos le contestara.

—Si viene a buscarlo en el pedazo de yate —Tomás remarcó lo de pedazo— que estaba amarrado en la puerta del chalet el mes pasado, igual sí. Que yo para pagar transportes y embalajes no estoy.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté.

—Tengo mis espías y tú eres más famoso aquí de lo que te crees —añadió enigmático.

—Pues vale, entonces, como soy tan famoso, igual te cojo la palabra y pongo eso de precio a mis servicios, que la Pierangeli es mucha Pierangeli y, si le regalo algo, el regalo tiene que estar a la altura —me

sumé yo elevando la voz entre las risas que habían ido ocupando la mesa—. Además, mira a este —señalé a Javier—, antes no era nadie y ahora... Encarna me vio con Ana María en el *Lecturas* de la peluquería, me reconoció y os fue con el cotilleo. A él le dio por escribir la historia que Agustina se encargó de sacarme con un fino interrogatorio, al que todos colaborasteis hasta que la desembuché enterica —dije adoptando el acento murciano y haciendo hincapié en el tono para resaltar la broma—, y ya le veis: un escritor al que no le leía ni Mayte, porque se enrolla como una persiana para contar cualquier cosa, y ahora lo de *Mar Menor, mal mayor* ha acabado en el cine con Ana María de protagonista y a la mínima el Javier tiene que espantar a los moscones en el paseo: que todos quieren que les dedique la novela.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quiero decir? Que de esa igual ven tu cuadro en Hollywood y te forras vendiendo todos los que tienes en el almacén de Cartagena y todos los que seas capaz de pintar. Eso sí, con el consiguiente aumento de precio, claro. Que la cesta de la compra se ha puesto imposible con tanto ecologismo y tanta vaina con los agricultores.

—Y con los pescadores —dijo Mayte que llevaba fatal las políticas gubernamentales—. Y él en el falcón y su mujer con secretaria pagada por todos para sus chanchullos...

—Eso —interrumpió Javier—, y que acabe esta mierda y dejen de robarnos la cocaína y las putas con nuestro dinero —parafraseó a Víctor de Andrés, el guitarrista de Mago de Oz, y se puso a cantar, por lo bajo y desafinando: «Ponte en pie, alza el puño y ven a la fiesta pagana, en la hoguera hay de beber. De la misma condición no es el pueblo ni un señor. Ellos tienen el clero y nosotros, nuestro sudor».

La carcajada fue general. Todos los que antes miraban a Tomás, pasaron ahora su mirada a Javier. Me pareció que aquello era una de las típicas salidas españolas: reír por no llorar, porque si verdad escondían mis palabras, aún más diáfana era la realidad de las de Mayte y no menos verdad destilaban las del propio Javier.

Otra vez vimos aproximarse al camarero con un carrito en el que llevaba una paella de considerable diámetro que contenía el arroz con carabineros y gamba roja que, aunque habíamos encargado que fuera para cinco personas, era seguro que nos costaría acabar a los siete que estábamos sentados a la mesa.

En tanto servía el arroz en los platos, de nuevo el silencio se apoderó de nosotros. Javier aprovechó y se entretuvo en aprenderse de memoria la carta de vinos —para que acabe en la novela el día que le dé por escribir esto, pensé yo— y una vez que tuvo claro lo que había en ella, nos preguntó:

—¿Qué vino preferís para la paella? —Todos intercambiábamos miradas, pero antes de que contestáramos se contestó él mismo—: Se me ocurre un blanco, un Malvasía de aquí de Murcia que seguro que a las chicas les va a gustar un montón. Bueno, a ellas y a mí, que ya sabéis —añadió haciendo un expresivo gesto con la mano.

—¡Cómo para discutir de vinos contigo o con ellas! —dijo Jose—. Batalla perdida.

Las sonrisas regresaron a la mesa si es que en algún momento se habían ido.

—Queremos tomar una botella de vino, ¿te lo pedimos a ti? —preguntó Javier.

—Ahora le digo a la compañera que venga —dijo el camarero y le hizo una seña a una mujer joven, la misma que nos había acomodado en la mesa y tomado nota de la comida, que en ese momento atendía a otra mesa de la terraza cercana a la nuestra,

y ella le indicó con un gesto que en un momento nos atendía.

—Nos traes una botella de Viñaelena Malvasía, maceración carbónica —pidió Javier cuando la mujer se acercó.

Ella tomó nota y se marchó en busca de la botella. Cuando la camarera regresó, apenas un par de minutos después, el hombre ya había servido los platos y se había adelantado con una cubitera que dejó al lado de la mesa en su pedestal.

—¿Quién lo probará? —preguntó la joven tras descorchar.

Javier miró a Encarna.

—Ella —dijo—. Es la francesa de la mesa y allí de vinos y quesos entienden un rato —añadió y todos rieron, incluida la camarera, ante la cara de cierta sorpresa de Encarna, que rápido mudó a sonrisa y asintió con un gesto.

El ritual de la prueba pasó por todas las fases, aunque con cierta premura. Luego Encarna afirmó con la cabeza para indicar que estaba perfecto y la camarera sirvió las copas. Mayte y Agustina fueron las primeras en dar un sorbo de la suya.

—Está muy bueno —dijo Mayte.

—Igual tienen que ir poniendo otra botella a enfriar —se sumó Agustina aunque apenas se había llevado la copa a los labios y era seguro que, como era su costumbre, no bebería más.

—Ya sabes: en cada sorbo de vino duerme un poema; en cada copa, un atardecer —recitó Javier.

—¡Vaya con el escritor listillo!

—No tanto, Agustina, solo es un enteradillo de los que se lo leen todo para presumir de culto —dije señalando la contraportada de la carta de vinos. Y esta vez la risa de todos se convirtió en carcajada al comprobar que allí, impresos, aparecían aquellos versos atribuidos a Jean Moréas, el seudónimo bajo el que Wikipedia nos informó que se escondía el poeta griego Ioannis Papadiamantopoulos.

¿Te ha enganchado el caso? No te quedes a medias.

Aquí no hay intermediarios raros. Si quieres saber cómo termina el misterio, puedes comprar la novela en [Amazon](#) o, si prefieres el trato humano y un ejemplar en papel dedicado de mi puño y letra, entra en mi [página de contacto](#) y pídemelo directamente. Prometo que los libros dedicados no llevan huellas dactilares sospechosas.